

Mirando la niebla

Marcela Palma

Tengo necesidad de una mañana gris,
de un día nublado sin rastro de calor,
de un mar tan apacible que en sus olas
exclame tormenta y dolor.

Tengo necesidad de una compañía
tan solitaria que en sus oquedades
anuncie presencia y temor.

Necesidad de una tarde lluviosa,
de una espera que no se cumple,
de un beso que clavado tan
profundamente en su propia cruz,
no se desprenda jamás.

Tengo necesidad de un alma
carente de sentidos,
de un corazón sin pasión,
de una mano sin calor.

Tengo necesidad de una
ilusión muerta aún antes
de nacer,
de un amor que no fue y
de un adiós que no llegó.

Me sabes a vacío y tu
sabor me gusta.

Me hueles a distancia y
tu olor-hedor me envuelve.

Me tocas sin sentirte y tu
ausencia me inunda.

Me amas en el llanto y tus
lágrimas me borran.

Me buscas en la distancia
y sólo encuentras el eco de una
voz que ya calló, que ya cayó.

Quisiera detener
las horas
de tal manera que
nunca
más el reloj volviera a
caminar
Nunca más un segundo, nunca más
un tiempo
nunca más un espacio, sino sólo la suspensión de
un instante
de éste
de otros

106

este segundo que —ojalá—
fuera perpetuo
es el que precede tu muerte
tu corporeidad,
tu dolorosa y amada materialidad.
No te vayas todavía,
no te vayas otra vez, si ayer
Moriste
¿por qué mañana otra vez?

No me abandones en esta inmensa
amargura de manos rotas,
de brazos caídos en el acíbar
huraño de una cama vacía.
No me abandones en el dolor salpicado
de un viento cerrado, quemante,
hediondo de tanta soledad.
No me abandones en la silueta perdida
de una larga noche que llora tu
nombre, ahí, de donde surge la mía
mírame en ese hueco desierto de amor
olvidado
y déjame la esperanza de
tus brazos hastiados en ese
último abrazo de muerte.